

París, 12 de Julio de 1985

Queridos amigos

Ustedes están por el recuerdo y los homenajes. Nosotros también. Los que veneran el pasado lanzan los lazos invisibles para que todo lo que ha sucedido se reúna en una historia. Nunca nada es comienzo absoluto y sólo aquellos que se reconocen en una tradición y en un pasado forman verdaderamente un pueblo. En una época como ésta los que vuelven a buscar los orígenes son verdaderos constructores. No es paseísmo, es futurismo, forjar una tradición es abrirle paso al futuro.

Para nosotros la peña de Valparaíso es ni más ni menos nuestro punto de partida. No sé por qué, pero pocos lo saben. Hasta el Gitano Rodríguez en su libro sobre la Canción Chilena se olvidó de decirlo: la primera vez que nosotros nos presentamos en público fué en el escenario (si así puede llamársele) de la Peña de Valparaíso. Eramos tres y por eso nos llamábamos Quila (tres) Payún (barbudos). Como nunca antes habíamos sometido nuestras canciones al juicio de otros estábamos terriblemente nerviosos. Recuerdo perfectamente la escena: el lugar de la peña era bastante amplio y nos recordaba las antiguas tabernas de bucaneros, con sus arcos de piedra y la rusticidad de su desmañada decoración. Sillas y mesas ubicadas en torno a un montón de troncos, un espacio de baldosas un poco más iluminado que el resto y que cambiaba de tamaño según las necesidades del espectáculo, a veces había bailes, a veces payadores populares, a veces atracciones de la capital. Sobre las mesas, las infaltables velas metidas en golletes de botellas las cuales lejos de disolver el humo, como generalmente se dice, le daban al lugar una atmósfera de vaguedad y de sueño. Los espectadores escuchaban a los cantores con un buen vaso de vino en una mano y una empanada en la otra.

Esa noche, nosotros habíamos llegado al lugar bastante tarde. Durante todo el transcurso de la función estuvimos discutiendo en voz baja acerca de la conveniencia o no de salir a cantar. ¿Y si las canciones nos salían mal? ¿Y si la gente del puerto no comprendía nuestra música? ¿Y si los organizadores se negaban a dejarnos cantar? Teníamos sólo tres canciones montadas... ¿Y si nos pedían otra? Nuestro cuchicheo llegó a molestar a los espectadores de las mesas vecinas que no lograban explicarse qué diablos estaban tramando estos barbudos de sospechosa apariencia. Al final se alargó tanto la discusión que la peña estaba por terminar y seguíamos sin ponernos de acuerdo. Solucionó nuestro conflicto un tipo afable de apellido Nahuel que nos había visto entrar con guitarras y que se acercó a preguntarnos si queríamos cantar. No pudimos negarnos. Muertos de miedo nos quedamos en nuestra discreta mesa hasta que atónitos escuchamos por primera vez la extrañísima y desconcertante frase: "... y ahora con ustedes, el conjunto Quilapayún".

Dándonos ánimo unos a otros en voz baja, con una rara mezcla de sensaciones contradictorias de desnudez, de vergüenza, de alegría y de estupor, buscando como podíamos un escondrijo entre los troncos del escenario, encogidos como caracoles y mirando fijamente el suelo, comenzamos a cantar. ¿Cómo nos pusimos de acuerdo para comenzar todos al mismo tiempo? ¿De donde sacamos fuerza para llegar hasta el final? ¿Qué pasó exactamente durante esos tres minutos? No lo puedo decir. Lo único que recuerdo es que esa primera can-

en una noche de reconciliación y alegría.

Tal vez en vuestro homenaje estén presente jóvenes que nunca nos han escuchado y que quisieran saber cómo es posible hacer un grupo musical chileno que con el correr de los años llegue a adquirir fama y prestigio en el mundo, un conjunto que algún día pueda celebrar sus veinte años de existencia en el mejor teatro de París. La clave de todo es ésta: hay que comenzar cantando en una peña de Valparaíso, en lo posible en la calle Blanco o sus alrededores, y conservar en el alma el aplauso de los estudiantes, marineros, trabajadores con los cuales algún día se vivieron momentos de esperanza y alegría. No hay que olvidar jamás que los que te abrieron las puertas para echarte a andar hacia el mundo te están esperando allá lejos y que es por ellos que tú cantas porque en el fondo todo lo que vendrá después, éxitos, giras, aplausos y demás no es más que una rehabilitación de lo que viviste en el origen, cuando te escucharon por primera vez.

Con nuestro profundo agradecimiento a los porteños que nos acompañaron en esos primeros pasos, a los que estuvieron presentes en nuestros conciertos en el Fortín Prat, a los que nos dieron el premio en el Festival Chile Múltiple, a los que nos acompañaron en el Festival de Viña, a los que venían a escucharnos durante los Festivales de la Canción del Chileno Cubano, a los que cantaron con nosotros en las calles del puerto en las manifestaciones políticas, a los estudiantes que organizaron nuestros recitales en la Escuela de Derecho y en la Universidad Santa María y a tantos otros que siempre nos manifestaron su cariño. Nosotros no los hemos olvidado y no los olvidaremos. Espérennos, hacia allá vamos. Celebraremos juntos el retorno.

Eduardo Carrasco Pirard
QUILAPAYUN